

PRÓLOGO

BREVIARIO DE IDEAS

Los aforismos que se reúnen en esta antología titulada, *Migas de voz*, habitan por la vida, como su autor dice: “El aforismo es un paseante; callejea pero no se dirige a una parte concreta; cambia de dirección, como si su voluntad obedeciera a una brújula de ocurrencias.”

El crítico, poeta y aforista José Luis Morante (El Bohodón, Ávila, 1956), presenta una selección de aforismos de sus dos libros, *Mejores días* y *Motivos personales*, a los que añade una compilación de inéditos que titula, *A sorbos*, y finaliza el volumen con un Epílogo, a modo de poética, donde recoge fragmentos que reflexionan acerca del género buscando dar sentido y definir la naturaleza de éstos, que denomina, *La novela de las ideas*. Así bajo *Migas de voz*, título cercano, significativo y gráfico se recoge toda su trayectoria aforística que emprende en 2005 y que llega hasta 2018.

Sus formas breves tienen el ritmo que exige la vida con el debido aprendizaje de educación sentimental y social, tan necesarios. Todas las partes en las que está estructurado este volumen son parcelas de lo vivido. Morante ha optado por el ordenamiento cronológico, como él mismo nos dice: “Es el hilo conductor de los días el que ha puesto su orden natural”. Escritos con realismo y meditación, se percibe una mirada escéptica, a veces pesimista debido a las decepciones que se entrecruzan por el camino, pero que él siempre condescendiente, dibuja con trazos suaves sobre el papel. Con un sentido y estilo dialógico, casi diarístico, transmite sus pensamientos y sus inquietudes, nos las presenta con propuestas que permiten al lector reflexionar y continuar con su mirada. De ahí que los aforismos tengan un tono conversacional y confesional, con una gran carga lírica, donde el humor no falta, y lo hace con un lenguaje conciso, sutil, cristalino y pulido.

El paso del tiempo, lo social, los sentimientos y la soledad son apuntes de vida que expresa a través de sus aforismos, y es en este viaje por la existencia y la experiencia, donde nos reconocemos. Fluyen con esa dosis precisa del gusto por indagar y observar: “Mientras busco, dejo la puerta

abierta para el regreso.”, “Sé que escribir es caminar.”, “En la escritura breve no es posible la desconexión vital: la estela autobiográfica es una brújula, una carta de navegación.”. Estas afirmaciones del autor nos llevan irremediabilmente al verso machadiano: “Converso con el hombre que siempre va conmigo.”

José Luis Morante es un lector incansable, diría salvaje, que rinde cuentas, evoca a la memoria y entre sus “zumbidos de avispa” hace pequeños homenajes a autores como Valente, Stevenson y Beckett, entre otros. Nos ofrece citas memorables de Lichtenberg, Borges... Se advierten ecos de Machado, de Juan Ramón Jiménez, y el del conocimiento de los grandes maestros del género fragmentario, y de los poetas actuales que el autor conoce bien ya que ha trabajado sobre sus obras: Joan Margarit, Luis García Montero y Karmelo Iribarren.

Desde su naturaleza reflexiva, nos transmite con aroma piezas inteligentes, escenas de lo cotidiano que comparte; que unas veces arden, otras rozan, llegan a escocer y otras nos alivian y hacen sonreír. El buen trato y el afecto están servidos: sabe revestir de cercanía y bondad a sus aforismos, en donde los asuntos terrenales son su preocupación, porque a este autor nada le es ajeno. Sus frases parecen de carne y hueso, responden a una escritura de la experiencia que, anotada a la vuelta de sus viajes al exterior, halla cobijo en su “cuarto propio”, donde le da forma y cuerpo. Es en este tiempo y en este espacio interior donde dibuja su pensamiento cumplido de ética y estética, y así nos dice: “La escritura y yo, restaurante discreto en el que sólo hay sitio para dos comensales.”, “Los aforismos marcan la piel del agua, como la huella frágil de una verdad, las soledades repletas de encuentros.”, y, “Mi escritura siempre encuentra una casa de verano, un paisaje con luz.”.

Sus aforismos también indagan esa morfología del tiempo que exige sentimiento. Por eso Morante nos habla de: “andenes ferroviarios..., en los que se respira la quietud de la ausencia”, se dirige a “sendas hacia ninguna parte”, y nos acerca a “crepúsculos que recogen días que parten sin decir nada”, dice que, “de las estaciones, el otoño, por su sensibilidad”, está siempre “cerca para convertir en caricia el tacto reseco de lo laborable”, afirma que, entre el autor y el después nunca hubo una simetría cronológica”, y cómo, “las poéticas son epitafios revisables”, porque “hay geografías que no requieren brújula y que sólo disfrutan con el

pensamiento”, y nos deja con “sus amanecidas”: “de ciudades” y “de diciembre”, para que “las soledades estén repletas de encuentros”. Sirva todo lo anterior como una mínima muestra de lo que nos evoca el autor en esta entrega.

Esta antología es una aportación al género aforístico por ofrecernos ese eje identitario que es seña inconfundible de la dilatada obra de su autor, tiene una precisa unidad de conjunto y un hilo conductor tan humano como medido, y basta seguir su índice para ver cómo el autor nos adelanta esa idea como si se tratara de un guión donde se resume todo, a modo de coda: son *Migas de voz*, que tienen sus *Mejores días* y sus *Motivos personales*, y, *A sorbos*, crea, *La novela de las ideas*.

Carmen Canet

Granada, invierno, 2019